Víctor M. Fernández Martínez

PREHISTORIA

El largo camino de la humanidad



Alianza Editorial

Víctor M. Fernández Martínez

Prehistoria

El largo camino de la humanidad

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Edición electrónica, 2014
www.alianzaeditorial.es

© Víctor M. Fernández Martínez, 2007
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-206-8862-6
Edición en versión digital 2014

Índice

Listado de ilustraciones 7
Introducción 15

1. Datos y teorías 21
   1. El sentido de la prehistoria 21
   2. La evidencia material: datos antiguos y técnicas actuales 27
   3. Las teorías arqueológicas 32
   Bibliografía 41

2. El amanecer africano 43
   1. Cambios climáticos al este de la Gran Falla 43
   2. Una historia de huesos 48
   3. Los primeros humanos: claves culturales y sociales 58
   Bibliografía 69

3. Las sociedades cazadoras-recolectoras 71
   1. Fuera de África I: nuevas especies, nuevos territorios 71
   2. Fuera de África II: el origen del *Homo sapiens* 80
   3. Piedras trabajadas y otros elementos de cultura material 90
   4. La sociedad paleolítica 103
   5. Entra el texto: lenguaje, ritual y arte 115
   Bibliografía 127

4. El gran cambio. Inicios de la agricultura y la domesticación 129
   1. Naturaleza y cultura: del pensamiento salvaje al campesino 129
   2. El control de plantas y animales 141
   3. Las primeras sociedades sedentarias: poblados y cultura material 151

4. La neolitización de Europa 157
5. Cambios en el paisaje: las culturas megalíticas 177
Bibliografía 193

5. La sociedad dividida. Culturas metalúrgicas y primeros Estados 195
1. El arraigo de la desigualdad: de jefaturas a Estados 195
2. Los Estados prístinos fuera de Europa 199
3. Primeras culturas metalúrgicas europeas 213
4. La Edad del Hierro en Europa y el Mediterráneo 247
Bibliografía 266

6. La prehistoria hoy 269
1. Una historia de retiradas 269
2. Los pueblos indígenas 279
3. Lecciones del pasado para el presente 283
Bibliografía 287

Índice analítico 289

Índice onomástico 297

Listado de ilustraciones

1. Mapa de África y del Próximo Oriente con los yacimientos citados en los capítulos 2 y 3.
2. Cronografía del registro fósil homínido, incluyendo al chimpancé. Adaptado de B. Wood, «Hominid revelations from Chad», *Nature,* 418, 2002, fig. 2.
3. Algunos de los útiles líticos más antiguos. Dibujo de Ignacio de la Torre.
4. Los dos principales modelos en disputa sobre el comportamiento de los primeros humanos. Según V. M. Fernández, G. Ruiz Zapatero y J. Pereira, «El origen del hombre: últimos descubrimientos y teorías. II. La evolución cultural», *Revista de Arqueología,* 112, 1990.

5A y 5B. Mapas de Europa y Asia con los yacimientos más importantes citados.

6. Un posible árbol genealógico de las diferentes especies del género Homo: escala en millones de años.
7. Árbol simplificado de la comparación del ADN mitocondrial en poblaciones actuales. Según M. Stoneking y R. L. Cann, «African origins of Human mitochondrial DNA» en Mellars y Stringer 1989, fig. 5.
8. La transición hacia el *sapiens:* 1. Cráneo de neandertal clásico europeo (La Ferrassie). 2. *Sapiens* inicial *(Homo heidelbergensis* o *H. rhodesiensis)* de Kabwe, Zambia. 3 y 4. *Sapiens* transicionales de Jebel Irhoud (Marruecos) y Omo-Kibish I (Etiopía), este último ya con nuestro característico mentón.
9. Esqueleto del neandertal de La Chapelle-aux-Saints a la izquierda (según M. Boule), comparado con el esqueleto de un humano actual a la derecha. Tomado de Shackley, 1980, fig. 4.
10. Vista frontal y lateral de un bifaz tosco con pocos y grandes retoques (A) y de otro evolucionado más plano y con muchos retoques pequeños (B). Toma-

do de A. J. Arkell, «The Old Stone Age in the Anglo-Egyptian Sudan». *Sudan Antiquities Service Occasional Paper, I,* Jartum, 1949, láms. 2-3.

11. Disminución del tamaño de los útiles líticos desde el principio al final del Paleolítico.
12. Útiles líticos más característicos del Paleolítico Medio, Superior y Epipaleolítico. Según P. M. Vermeersch y otros, «Le Paléolithique de la vallée du Nil égyptien», *L'Anthropologie,* 94 (3), 1990 (1-2); F. Bordes, *Le Paléolithique dans le monde,* 1968 (3-12), y J. Tixier, *Typologie de l'Épipaléolithique du Maghreb,* 1963 (13-18).
13. Cadena operativa de talla laminar. Tomado de J.-P. L'Homme y S. Maury, *Tailler le sílex,* 1990.
14. Ejemplo experimental de reavivado de una lasca según se va desgastando, obteniendo «tipos» distintos a lo largo de su período de utilización. Tomado de H. L. Dibble, «The interpretation of Middle Palaeolithic scraper morphology», *American Antiquity, 52,* 1987.
15. Variedades de la técnica Levallois. Tomado de E. Böeda, *Le concept Levallois: variabilité des méthodes,* París, 1994.
16. Formas de enmangado de microlitos geométricos y laminillas de dorso abatido para formar diversos tipos de arpones, lanzas, flechas y cuchillos. Tomado de D. Nuzhnyi, «L'utilization des microlithes géométriques et non géométriques comme armatures de projectiles», *Bulletin de la Société Préhistorique Française,* 86-3, 1989.
17. Útiles de hueso del Paleolítico Superior y Mesolítico europeos. Tomado de G. Camps, *Manuel de recherche préhistorique,* Doin, París, 1979.
18. Dos interpretaciones diferentes de los mismos datos arqueológicos: la distribución de tres hogares, huesos y restos líticos en el yacimiento magdaleniense al aire libre de Pincevent 1 (Francia). Según Binford 1988, figs. 93 y 95.
19. Dos familias de !Kung san dejan el campamento: las mujeres para recolectar (delante, con los niños y palos cavadores para sacar tubérculos) y los hombres para cazar (detrás, con arcos, flechas y largas varas para cazar liebres en sus madrigueras). Tomado de J. E. Yellen, «Settlement patterns of the !Kung. An archaeological perspective», en R. B. Lee y I. DeVore (eds.), *Kalahari Hunter-Gatherers. Studies of the !Kung San and Their Neighbors,* Harvard University Press, Cambridge-Massachusetts, 1976, p. 51.
20. Ejemplos de los animales más frecuentes en el arte parietal paleolítico europeo, 1. Según Lorblanchet 1995.
21. Signos «femeninos» y «masculinos» más representados en el arte paleolítico parietal europeo. Según A. Leroi-Gouhan, *Símbolos, artes y creencias de la prehistoria,* Istmo, Madrid, 1984, pp. 375-376.
22. Teriantropos (combinación de humano y animal, en estos casos un bóvido) del arte parietal paleolítico de Europa (A) y del arte parietal de los san de Suráfrica (B-C), y figura de chamán siberiano del siglo XVIII (D). A, adaptado de A. Leroi-Gourhan, *Arte y grafismo en la Europa prehistórica,* Istmo, Madrid, 1984, 189; B y C, de Lewis-Williams, 1981, fig. 28; D, de N. C. Witsen, *Noord en Oost Tartaryen,* Ámsterdam, 1705.
23. Vistas de perfil de varias figuras femeninas paleolíticas de época gravetiense. Tomado de Leroy McDermott, «Self-representation in Upper Palaeolithic female figurines», *Current Anthropology,* 37 (2), 1996, fig. 3.

24. Las cerámicas más antiguas encontradas hasta ahora, todavía en contextos mesolíticos, muestran una profusa decoración en su superficie: (1-3), fragmentos de la cueva Fukui (Japón); (4-6), fragmentos de la región oriental del Nilo Azul (Sudán). 1-3 tomados de I. C. Glover, «Agricultural origins in East Asia», en A. Sherrat (ed.), *The Cambridge Encyclopedia of Archaeology,* Cambridge University Press, 1980; 4-5 tomados de V. M. Fernández (ed.), *The Blue Nile Project. Holocene Archaeology in Central Sudan,* Complutum, 14, Madrid, 2003.
25. Histogramas que muestran el grado de dependencia de las sociedades tradicionales recientes en cuatro formas de subsistencia: recolección vegetal, caza, pesca y agricultura. Datos del Atlas etnográfico de G. P. Murdock, *Ethnology,* 6-2, 1967; figura tomada de E. Hunn y N. Williams (eds.), *Resource Managers: North American and Australian Hunter-gatherers,* Westview Press, Boulder-Colorado, 1982, p. 6.
26. Arriba, planta del nivel VIB del poblado neolítico de Çatal Hüyük (Anatolia, Turquía), fechado hacia 6000 a.C. Abajo, reconstrucción imaginada de los rituales que pudieron tener lugar en esos santuarios. Tomado de J. Mellaart, *Earliest Civilisations of the Near East,* Thames & Hudson, Londres, 1965, fígs. 68 y 86.
27. Arriba, los principales cereales cultivados desde el Neolítico: 1) trigo, 2) arroz, 3) maíz, 4) sorgo, 5) mijo africano. Abajo, cambios morfológicos producidos en el paso de los cereales silvestres (A y C) a los cultivados (B y D).
28. De la importancia simbólica de los cereales y la primera agricultura tenemos un testimonio claro en este grabado sobre roca de Jebel Qeili, cerca de Jartum (Sudán Central). Según F. Hintze, «Preliminary Report on the Butana Expedition 1958», *Kush,* 7, p. 190.
29. Los bóvidos domésticos son los animales más representados en el arte rupestre prehistórico del período neolítico. En ocasiones la figura del animal, ordeñándolo (C), tirando de un arado (D) o con un lazo en el cuello (A), indica su condición doméstica, pero el arte no representa simplemente un animal útil: el hombre con las manos levantadas delante (B) o las figuras que rellenan su cuerpo sugieren que los bóvidos jugaron también un papel simbólico-religioso. A) según Coulson y Campbell 2001, fig. 229; B y D) según D. W. Phillipson en Shaw y otros 1993; C) según G. Calegari, *L'arte rupestre dell'Eritrea,* Milán, 1999.
30. Que el nivel de violencia entre los humanos aumentó durante el Neolítico se puede apreciar en esta selección de figuras heridas por flechas, tal como se representaron en los abrigos pintados del arte levantino en las provincias mediterráneas españolas. Según L. Dams, tomado de Guilaine y Zammit 2002, fig. 31.
31. A. Reconstrucción de una vivienda del Neolítico Acerámico B del Próximo Oriente, indicando los tipos de enterramientos humanos en el asentamiento. B. Cráneos y estatuas del Neolítico Acerámico B. Adaptado de Kuijt y Goring-Morris 2002, fígs. 8 y 10.
32. Yacimientos europeos citados en éste y el siguiente apartados: 1) Alberite (Cádiz), 2) Anta Grande do Zambujeiro (Portugal), 3) Arene Candide (Italia), 4) Barnenez (Francia), 5) Beg an Dorchenn (Francia), 6) Bernburg (Alemania), 7) Cabeço da Arruda (Portugal), 8) Can Tintorer (Gavá, Barcelona), 9)

Carnac (Francia), 10) Çatal Hüyük (Turquía), 11) Çayönü (Turquía), 12) Chaussée-Tirancourt, La (Francia), 13) Ciudad Rodrigo (Salamanca), 14) Cnossos (Creta, Grecia), 15) Cocina, Cueva de la (Valencia), 16) El Collado (Valencia), 17) Draga, La (Gerona), 18) Dyrholm (Dinamarca), 19) Ertebölle (Dinamarca), 20) Gasulla, La (Castellón), 21) Gazel (Francia), 22) Göbekli Tepe (Turquía), 23) Hacilar (Turquía), 24) Hal Saflieni (Malta), 25) Hoëdic (Francia), 26) Husos, Los (Álava), 27) L'Isle-sur-Sorge (Francia), 28) Jean-Cross, Abri (Francia), 29) Karanovo (Bulgaria), 30) Kerzerho (Francia), 31) Knowth (Irlanda), 32) Lauris (Francia), 33) Lepenski Vir (Serbia), 34) Lough Gour (Irlanda), 35) Mané-Rutual (Francia), 36) Mas d'Is (Alicante), 37) Matarrubilla (Sevilla), 38) Menga, Cueva de (Málaga), 39) Menec (Francia), 40) Merzbach (Alemania), 41) Millares, Los (Almería), 42) Minateda (Albacete), 43) Miradero, El (Valladolid), 44) Moita da Sebastião (Portugal), 45) Monte do Outeiro (Portugal), 46) Nea Nikomedia (Grecia), 47) Nevali Çori (Turquía), 48) Newgrange (Irlanda), 49) Oleneostrovski Mogilnik (Rusia), 50) Or, Cova del (Valencia), 51) Palazuelo de las Cuevas (Zamora), 52) Passy-sur-Yonne (Francia), 53) Pedra Cuberta (A Coruña), 54) Petit-Mont, Le (Francia), 55) Pierres Plates, Les (Francia), 56) Poço da Gateira (Portugal), 57) Poulnabrone (Irlanda), 58) Quedlinburg (Alemania), 59) Romeral, El (Málaga), 60) St. Theodorit (Francia), 61) St. Sernin (Francia), 62) Santimamiñe (Vizcaya), 63) Sarsa, Cova de la (Valencia), 64) Schletz (Austria), 65) Simancas (Valladolid), 66) Skateholm (Suecia), 67) Star Carr (Inglaterra), 68) Stonehenge (Inglaterra), 69) Talheim (Alemania), 70) Téviec (Francia), 71) Uzzo, Grotta (Sicilia, Italia), 72) Vega del Guadancil (Cáceres), 73) Valencina de la Concepción (Sevilla), 74) Vasilievka III (Ucrania), 75) Vedbaek (Dinamarca), 76) Velilla de Osorno (Palencia).

33. Expansión de la economía neolítica en Europa. Adaptado de Scarre, 2005, fig. 11.7.
34. Estatuillas femeninas del Neolítico e inicios del Calcolítico del Próximo Oriente y Europa (antes llamadas «diosas madre»). Adaptado de varios autores en Müller-Karpe, 1968, figs. 23, 117, 125, 144, 145, 156, 250 y 298.
35. Cerámica de las dos grandes corrientes neolíticas europeas, la centroeuropea y la mediterránea. Adaptado de Butschko y Ponsell en Müller-Karpe, 1968, figs. 226, 273-274.
36. Ejemplos de figuras de Arte Esquemático rupestre de la península Ibérica. Adaptado de P. Acosta, *La pintura rupestre esquemática en España,* Universidad de Salamanca, 1968, *passim,* sin escala.
37. Dos escenas de Arte Levantino rupestre. Según E. Ripoll y H. Breuil, en Müller-Karpe, 1968, fig. 270.
38. Acumulación de huesos humanos en el interior de la galería cubierta de La Chaussée-Tirancourt, en el noreste de Francia. Tomada de J. Leclerc, en Guilaine, 1999, fig. 3.
39. Dispersión del megalitismo en Europa. Según Chapa y Delibes, 1983, fig. 118.
40. Dolmen de Poulnabrone, cerca de Galway en el oeste de Irlanda. Foto del autor.
41. El gran sepulcro de corredor de Newgrange (Irlanda). Según Ó Riordáin en Müller-Karpe 1974, fig. 638, y foto del autor.

42. Planta y alzado de cuatro tumbas de corredor («antas») de la región de Évora, Portugal. Tomado de O. da Veiga Ferreira y M. Leitão, *Portugal pré-histórico. Seu enquadramento no mediterráneo.* Publicações Europa-América, Lisboa, 1978.
43. Galería cubierta de Lough Gur, cerca de Limerick en el oeste de Irlanda. Foto del autor.
44. El monumento megalítico más famoso y mitificado: Stonehenge en el sur de Inglaterra. Foto del autor.
45. Arte megalítico. Fila superior, imágenes sobre las rocas de los megalitos, según Boyle, Leisner y Eogan en Müller-Karpe, 1974, figs. 583, 571 y 640. Fila inferior, «ídolos» de la misma época (algunos denominados «diosas madre» o «diosas de los ojos»), según Arnal, Hugues, Crawford, Gagniére, Granier y L'Helgouach en A. Fleming, «The myth of the mother goddess», *World Archaeology,* 1969, fig. 31.
46. La violencia se expresó de diversas maneras en numerosos ejemplos artísticos de los primeros Estados, cuya distancia entre sí sugiere que la idea de representarla públicamente surgió de forma independiente en bastantes ocasiones. Tomado de Kantor, Emery, Oates, Marcus y Donnan, en Flannery, K. V. «Process and Agency in Early State Formation», *Cambridge Archaeological Journal,* 9-1, fig 12, 1999.
47. Parte del fresco de una de las tumbas predinásticas importantes de Hierakónpolis (Alto Egipto), fechada hacia 3500 a.C., con escenas de barcos (¿funerarios?), caza y lucha. Según J. E. Quibell y F. W. Green, *Hierakonpolis II,* Londres, 1902, lám. 75.
48. Distribución de cadáveres de individuos sacrificados en el pasillo central del gran túmulo X de Kerma (Sudán). Tomado de G. A. Reisner, *Excavations at Kerma, Harvard African Studies,* Cambridge, MA, 1923.
49. Yacimientos europeos citados en éste y el siguiente apartado: Agullana (Gerona) (1), Alarcos (Ciudad Real) (2), Alcudia, La (Alicante) (3), Alt de Benimaquia (Alicante) (4), Amesbury (Inglaterra) (5), Argar, El (Almería) (6), Argos (Grecia) (7), Atalaia (Portugal) (8), Atalayuela, (La Rioja) (9), Baden (Hungría) (10), Baioes (Portugal) (11), Balazote (Albacete) (12), Baza (Granada) (13), Biskupin (Polonia) (14), Bodrogkeresztur (Hungría) (15), Boquique (Cáceres) (16), Cabezo de los Vientos (Huelva) (17), Can Missert (Barcelona) (71), Cancho Roano (Badajoz) (18), Carambolo, El (Sevilla) (19), Carmona (Sevilla) (20), Carpio de Tajo (Toledo) (21), Cartago (Túnez) (22), Castillo de Doña Blanca (Cádiz) (23), Cástulo (Jaén) (24), Çatal Hüyük (Turquía) (25), Çayönü (Turquía) (26), Cernavoda (Rumanía) (27), Cerro del Villar (Málaga) (28), Cerro de las Cabezas (Ciudad Real) (2), Cerro de los Santos (Albacete) (30), Ciempozuelos (Madrid) (31), Cnossos (Creta, Grecia) (32), Cogeces (Valladolid) (33), Cogotas, Las (Ávila) (34), Collado de los Jardines (Jaén) (35), Cucuteni (Rumanía) (36), Delfos (Grecia) (37), Ebussus (Ibiza) (38), Emporion (Ampurias, Gerona) (1), Esmirna (Turquía) (39), Esparta (Grecia) (40), Ferradeira (Portugal) (8), Festos (Creta, Grecia) (41), Fonteta, La (Murcia) (42), Fuente Olmedo (Valladolid) (33), Gla (Grecia) (37), Gumelnitsa (Bulgaria) (43), Hallstatt (Austria) (44), Helmsdorf (Alemania) (45), Heuneburg (Alemania) (46), Hohenasperg (Alemania) (47), Kastri (Syros, Grecia) (48), Leubingen (Alemania) (49), Liria (Alicante) (3), Malia (Creta, Grecia) (51), Marroquíes Bajos (Jaén) (35), Massalia (Marsella, Francia) (52), Mazarrón (Murcia) (42), Menelaion (Grecia) (7), Mesa

de Miranda (Ávila) (54), Micenas (Grecia) (7), Millares, Los (Almería) (55), Mont Bego (Francia) (56), Mont Lassois (Francia) (57), Numancia (Soria) (58), Olimpia (Grecia) (59), Osuna (Sevilla) (20), Ötzal (Austria) (60), El Pajarillo (Huelma, Jaén) (61), Palmela (Portugal) (62), Pech Maho (Francia) (1), Peñalosa (Jaén) (61), La Pijotilla (Badajoz) (63), Pilos (Grecia) (64), Porcuna (Jaén) (61), Pozas, Las (Zamora) (66), Pozo Moro (Albacete) (12), Puente Tablas (Jaén) (35), Remedello (Italia) (67), Rinaldone (Italia) (68), Rudna Glava (Serbia) (69), Sagunto (Valencia) (70), Salamó (Tarragona) (71), San Román de la Hornija (Valladolid) (66), Santa Elena (Jaén) (24), Santa Tecla (Pontevedra) (72), El Sec (Calviá, Mallorca) (73), Setefilla (Sevilla) (74), Sidón (Líbano) (75), Simris (Suecia) (76), Soto de Medinilla (Valladolid) (77), Tarxien (Malta) (78), Tebas (Grecia) (37), La Tène (Suiza) (79), Tiro (Líbano) (75), Tirinto (Grecia) (7), Tolmos de Caracena (Soria) (80), Tripolje (Ucrania) (81), Troya (Turquía) (82), Ulaca (Ávila) (34), Ullastret (Gerona) (1), Únetice (Polonia) (83), Valcamonica (Italia) (84), Valencina de la Concepción (Sevilla) (74), Varna (Bulgaria) (85), Venat (Francia) (86), Vila Nova de Sao Pedro (Portugal) (87), Los Villares (Andújar, Jaén) (24), Villaricos (Almería) (88), Vinča (Serbia) (89), Zagora (Grecia) (90), Zambujal (Portugal) (91).

50. Evolución de las formas de hacha desde las pulimentadas en piedra del Neolítico a las de cobre y bronce con formas cada vez más complejas. Según Renfrew y Bahn, *Arqueología. Teorías, Métodos y Práctica,* Madrid, 1993.
51. Armas del Neolítico y Edades del Bronce y del Hierro. Según Lomborg, Burgess, Müller-Karpe y otros en Champion y otros, 1996 y Chapa y Delibes, 1983.
52. Distribución de los grupos con cerámica cordada y campaniforme en Europa durante el III milenio a.C. Según C. Scarre, «Holocene Europe», en Scarre, 2006, fig. 11.37.
53. Evolución de los vasos cordados (arriba) a los campaniformes (abajo) en Holanda. Adaptado de J. N. Lanting y J. D. van der Waals en *Glockenbecher Symposium,* Haarlem, 1976.
54. Ajuar de la tumba campaniforme de Fuente Olmedo (Valladolid). Según R. Martín y G. Delibes, *La cultura del Vaso Campaniforme en las campiñas meridionales del Duero,* Valladolid, 1975.
55. Planta del palacio cretense de Malia durante la Edad del Bronce Medio. Según C. Renfrew, *The Emergence of Civilisation. The Cyclades and the Aegean in the third millennium B.C.,* Methuen, Londres, 1972.
56. Reconstrucción del área del Círculo A de tumbas de pozo, muralla y puerta de los leones de Micenas. Según F. H. Stubbings, *Prehistoric Greece,* Hart Davis MacGibbon, Londres, 1972.
57. El comercio entre el Mediterráneo y Europa durante la Edad del Bronce fue, hasta el método del carbono 14, la única forma de saber la cronología de muchas culturas europeas. Tomado de H. J. Eggers, *Einführung in die Vorgeschichte,* Piper, Múnich, 1959.
58. Reconstrucción del poblado argárico de Peñalosa (Jaén). Según F. Contreras, ed., *Hace 4.000 años. Vida y muerte en dos poblados de la Alta Andalucía.* Catálogo de la exposición. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía, 2000.
59. Tumba argárica en el interior de una gran vasija *(pithos)* (sepultura n° 9 de El Argar). Según H. y L. Siret, *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España,* Barcelona, 1890.

60. Plano de un sistema de campos vallados («campos célticos») de la Primera Edad del Bronce en el sur de Inglaterra. Según R. Bradley y J. Richards, «Prehistoric fields and boundaries on the Berkshire Downs», en H. C. Brown, (ed.), *Early Land Allotment in the British Isles,* Oxford, 1978.
61. Armas, armadura y casco de un guerrero del Bronce Final en Europa occidental, ca. 1000-700 a.C., asociados posiblemente al primer ideal de la fuerza y belleza masculinas. Según P. Schauer, en *Ausgrabungen in Deutschland,* 3, Mainz, 1975.
62. Mapa de distribución del origen de algunas de las 2.720 piezas de bronce del depósito de Venat, en el suroeste de Francia, fechado al final de la Edad del Bronce hacia 700 a.C. Según Kristiansen 2001, fig. 77.
63. Estelas decoradas del SO peninsular: 1) Zarza de Montánchez (Cáceres), 2) Fuente de Cantos (Badajoz), 3) Ategua (Córdoba), 4) Torrejón el Rubio (Cáceres), 5) El Viso (Córdoba). Según Galán Domingo, 1993, *passim.*
64. Arte rupestre europeo de la Edad del Bronce. Según E. Anati, *I Massi di Cemmo,* Capo di Monte, 1972, y C. A. Althin, *Studien zu den Bronzezeitlichen. Felszeichnungen von Skane,* Lund, 1945.
65. Urnas cinerarias del período de los Campos de Urnas. Según Müller-Karpe, Hencken y otros en Champion y otros, 1996 y Chapa y Delibes, 1983.
66. Planta del poblado ibérico de Ullastret (Gerona), con las murallas y torres defensivas, construidas hacia 500 a.C. y las estructuras de habitación interiores. Según M. A. Martín Ortega, *Ullastret, Poblat Ibéric,* Barcelona, 1985.
67. Reconstrucción de la tumba «principesca» con carro bajo túmulo de Eberdingen-Hochdorf (Baden-Württemberg, Alemania). Según O. H. Frey en S. Moscati, ed., *I Celti,* Milán, 1991.
68. Decoraciones célticas de guarniciones de armas y vasos metálicos de Renania, siglo V a.C. Adaptado de O. H. Frey en S. Moscati, *ed., I Celti,* Milán, 1991.
69. Evolución de las fíbulas de La Tene entre 500 a.C. y el cambio de era. Tomado de Champion y otros, 1996, fig. 10.6.
70. Más allá de las fronteras del Imperio romano que entonces ocupaba ya el sur de Francia, se formaron a finales del siglo II varios estados independientes, cuyos límites aproximados se indican en el mapa, y que fueron conquistados por Julio César en 58-51 a.C. Según D. Nash en D. Green, C. Haselgrove y M. Spriggs, (eds.), *Social Organisation and Settlement,* Oxford, 1978.
71. Cerámicas ibéricas con decoración pintada geométrica. Según J. Pereira, «La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal del Becerro, Jaén) en el Museo Arqueológico Nacional», *Trabajos de Prehistoria,* 36, 1979.
72. Jinete con una espada falcata rodeado de un texto en ibérico, en una cerámica pintada de la escuela de Liria, Valencia. Tomado de Almagro-Gorbea, M. y Fernández Miranda, M., eds., *Los Íberos,* Ministerio de Cultura, Madrid, 1983.
73. La retirada de los cazadores. Tomado de Lee y de Vore 1968.
74. Formas de organización social presentes en América en el momento del descubrimiento y conquista a comienzos del siglo XVI, según la clasificación evolucionista de E. R. Service. Tomado de W. T. Sanders y B. J. Price, *Mesoamerica: the Evolution of a Civilization,* Schródinger-Erwin, Nueva York, 1968.

75. Zonas del África subsahariana donde existieron Estados antes de la llegada de los colonizadores europeos a partir del siglo XVI. Tomado de G. Connah, *African Civilizations. An archaeological perspective,* Cambridge University Press, 2001.
76. Evolucionismo racista. Tomado de J. C. Nott y G. R. Gliddon, *Indigenous Races of the Earth,* Filadelfia, 1868.

Introducción

Resumir en unas escasas páginas más de dos millones de años de presencia del género humano sobre este planeta no es tarea fácil, y menos aún escoger entre toda la enorme cantidad de datos que arqueólogos y prehistoriadores han ido acopiando desde el comienzo de la disciplina en el siglo XIX. Como se trata del largo período durante el cual no existía la escritura, y por lo tanto carecemos de información textual directa, esos datos son siempre de tipo material: artefactos, residuos orgánicos, estructuras, etc., que pertenecieron a los humanos prehistóricos. El estudio y clasificación de todos esos restos, cuyo número aumenta sin parar con las continuas excavaciones arqueológicas, ocupa la mayor parte del tiempo de los especialistas y hace que muchos manuales de prehistoria se concentren de forma inevitable en la descripción de la cultura material de aquellas épocas. Aunque el objetivo de esos libros, es decir, que los lectores aprendan a reconocer los tipos de objetos que se usaron en cada período prehistórico, es completamente loable, no es sin embargo el adoptado en el presente volumen. Por ser cada vez más difícil una descripción mínimamente adecuada de todos esos materiales en un único tratado, por no existir todavía en el mercado español ninguno que adopte una perspectiva diferente, y por simple preferencia personal del autor, en este libro se ha dedicado el espacio mínimo imprescindible a la descripción de la cultura material para concentrarse sobre todo en aquellos aspectos sociales y simbólicos de los grupos prehistóricos de los que nos ha quedado algún indicio.

Asumir una perspectiva sociológica tiene sus inevitables riesgos. De entre ellos no es el menor que las relaciones entre cultura material y compor-

tamiento no sean siempre claras ni directas, por lo que las deducciones que nos atrevemos a hacer a partir de los artefactos antiguos no tienen nunca garantizado un grado de veracidad indiscutible. No obstante, la gran regularidad observada por antropólogos y etnoarqueólogos en muchas instituciones tradicionales, registradas en momentos y regiones muy diferentes, nos hace ser relativamente optimistas sobre que las mismas o parecidas debieron de existir durante la prehistoria. Así, el que chamanes cazadores de Suráfrica y Norteamérica hayan dibujado hasta hace poco animales sobre las rocas durante sus estados de trance es una buena base para suponer que el arte rupestre paleolítico realizado en Europa hace 30.000-10.000 años también tuvo alguna relación con ceremonias similares de poder espiritual; y que tanto en África como en Oceanía la creencia en la influencia de los antepasados se expresase a través del culto a sus cráneos sustenta de algún modo que los arqueólogos piensen en un ritual parecido para los cráneos enterrados bajo las casas del Neolítico Precerámico en el Próximo Oriente. Un aspecto crucial del registro arqueológico, las tumbas humanas, ha sido tenido muy en cuenta a lo largo de todo este volumen a la hora de hacer inferencias sobre el tipo de sociedad que tuvieron en cada momento nuestros ancestros prehistóricos. Si bien es cierto que, como han señalado los arqueólogos posprocesuales, lo funerario no es siempre una imagen exacta del mundo de los vivos, y éstos pueden utilizar los rituales de enterramiento como forma de modificar la realidad presente además de preparar la de ultratumba, nadie puede negar que como regla general una tumba rica correspondió a un personaje importante, y una tumba colectiva con todos los cadáveres distribuidos por igual nos está señalando una sociedad más igualitaria. Menospreciar la labor de la etnoarqueología cuando investiga los significados de lo material en el presente, muchos de ellos seguramente existentes durante la prehistoria, supone una pérdida culpable de posibilidades de interpretación, una renuncia innecesaria a encarnar de nuevo los secos huesos de aquellos tiempos remotos.

También preocupa a muchos que, al contrario que en la simple descripción de los artefactos, donde no se aprecia a primera vista ningún compromiso teórico por parte del autor, las aproximaciones sociológicas a la prehistoria exijan a menudo una toma de postura a favor de alguno de los paradigmas que actualmente compiten en el panorama arqueológico. Pero ese posicionamiento reflexivo no sólo representa aceptar un aspecto insoslayable de la investigación en ciencias humanas y sociales, es decir, que sin un modelo general de la sociedad es imposible comprender nada de lo que nos pasa, entonces y siempre, sino que también implica enjuiciar el proceso científico de forma mucho más consciente y provechosa. Un paradigma de enorme éxito hoy en prehistoria es el evolucionista-ecológico (arqueología procesual), que entiende los cambios y procesos sociales como resultado de la pérdida de equilibrio con el medio ambiente, generalmente a causa de cambios climáticos desfavorables o catástrofes impredecibles. Aunque en

este libro se han recogido un buen número de hipótesis procesuales, la posición de su autor se decanta más bien por las líneas posprocesuales, que colocan en el mundo simbólico y los desarreglos sociales la clave de la mayoría de los fenómenos humanos, no sólo durante la prehistoria sino con posterioridad y hasta nuestros días. Como para los primeros, que no siempre encuentran los datos paleoambientales que corroboren sus teorías, también para nosotros supone un problema demostrar cualquier hipótesis previa con los escasos datos disponibles de tiempos tan lejanos, aunque en nuestro caso esto sea menos grave por rechazar la fe que tiene el positivismo en las inducciones generales procedentes de la parcial evidencia empírica.

Un ejemplo puede ayudar a entender mejor el dilema. Como veremos en el apartado del Neolítico europeo, una excavación reciente de un yacimiento alemán del Neolítico de la Cerámica de Bandas (Merzbach), utilizando todos los adelantos técnicos disponibles, ha mostrado una imagen bastante detallada de la vida en aquel poblado, durante unos cuatro siglos alrededor del 5000 a.C. Los datos muestran que las casas eran al principio todas iguales pero al final tenían tamaños diferentes, y también en ese momento se hicieron unos recintos especiales, rodeados por fosos, que pudieron tener una finalidad ritual. Se piensa que los distintos tamaños de las casas indican diferencias sociales, no sólo por una cuestión de capacidad, sino porque en las mayores se encontró más cantidad de cerámica decorada, un elemento relacionado con el prestigio. También se acepta que una mayor actividad ritual pudo ser originada por un incremento de las tensiones sociales, como ocurrió en muchas otras situaciones mejor conocidas. Pues bien, si pensamos que se abandonó Merzbach, al igual que ocurrió en muchos otros yacimientos neolíticos, para separar el grupo y resolver así los antagonismos producidos por la desigualdad social, una consecuencia deducible de la hipótesis sería el aumento de esas mismas diferencias antes del final del asentamiento. El problema es que, aunque se aprecian algunas pruebas en los datos arqueológicos, ello de ninguna manera demuestra de forma concluyente la certeza de la hipótesis, lo que hace es simplemente no refutarla (como sí ocurriría en el caso de no existir indicios de desigualdad). Una demostración definitiva implicaría eliminar la posibilidad de que el abandono no fuera provocado por ninguna otra causa, como un cambio climático, agotamiento de los recursos o conflicto con otras comunidades vecinas. Lo grave, y lo que hace que en última instancia, en éste como en otros casos arqueológicos, uno tenga que optar por el paradigma antes que por las pruebas empíricas, es que para todas esas posibilidades existen indicios: pozos excavados en algunos yacimientos, tal vez por un descenso de la capa freática por menor pluviosidad; el largo período de ocupación fija de esas zonas que habría causado el agotamiento de los suelos; y una interpretación alternativa de los recintos con fosos, apoyada por restos de una masacre en el yacimiento austriaco de Schletz, según la cual serían defensivos antes que rituales.

Otra de las razones para escoger interpretaciones sociológicas procedentes de la etnoarqueología y la teoría social es que este libro no ha sido escrito pensando en los especialistas sino en un público amplio, compuesto por estudiantes de cursos de prehistoria general y por lectores provistos de lógica curiosidad por un fenómeno tan apasionante como lo ocurrido al género humano durante esa «larga noche» de los tiempos anteriores a la historia. Tanto los primeros (y al respecto yo no he olvidado mis propias dificultadas para entender los manuales de prehistoria cuando empecé la carrera) como los segundos, tienen derecho a que se les comuniquen los últimos resultados generales de las investigaciones arqueológicas, aunque no tengan todavía ni posiblemente en mucho tiempo el carácter de concluyentes, ahorrándoseles en lo posible las discusiones especializadas, como por ejemplo si durante el Mesolítico los útiles hechos en piedra eran de pequeño tamaño (microlíticos) como se había pensado hasta ahora, o si bien por el contrario en muchas ocasiones existieron conjuntos de mayor tamaño, que antes se creían más antiguos, y por ello deberían ser mejor denominados macrolíticos... Tampoco se ha juzgado conveniente entrar en discusiones, muy prolijas entre especialistas, sobre los problemas e incertidumbres de la cronología. Para todo el Holoceno, desde hace unos 10.000 años hasta el final de la prehistoria, las fechas se han presentado en valores medios anteriores a la era cristiana (a.C.) y ya calibrados, es decir con las correcciones de los errores habituales del método del carbono 14 ya tenidas en cuenta. Para las dataciones del Pleistoceno se ha usado el sistema habitual de años «antes del presente» sin corregir, entre otras cosas porque para la inmensa mayoría del período aún no se sabe cómo hacerlo. Por último, y también para las culturas de los últimos milenios, se ha escogido dar mayor peso en los datos presentados al continente europeo y dentro de él a la península Ibérica y España. La razón para no haber seguido una aproximación más «posteurocéntrica», como suelen hacer los últimos manuales anglosajones, que por ejemplo dedican más espacio a Australia o la isla de Pascua que a Gran Bretaña, es similar a las antes expuestas: que no existan libros generales de orientación sociológica en nuestro idioma nos obliga a pensar de nuevo en las preferencias más comunes del lector general al que éste va dedicado.

En las memorias del escritor norteamericano Paul Bowles (*Without Stopping*, 1972) se cuenta una anécdota que le ocurrió cuando visitaba un templo budista en la India acompañado por un amigo musulmán. Al oír que el templo había sido visitado por millones de personas en el pasado, éste preguntó de qué religión eran y quedó aliviado al saber que no habían sido musulmanes, puesto que «en el paraíso no habría espacio para tanta gente». La historia me recordó una experiencia personal cuando hace años tuve que dar una conferencia sobre arqueología en una escuela pública de Nubia. Ante un número grande de entregados oyentes, dije que según la investigación actual (de entonces) se creía que los primeros humanos habían llegado al Nilo hacía poco más de cien mil años. El amable profesor de inglés que

traducía la charla al árabe tuvo a bien informarme de la causa del intenso murmullo de protesta que siguió a mis palabras: era imposible que los humanos fueran tan antiguos, porque eso contradecía las enseñanzas del Corán. Ambas anécdotas se refieren a lo mismo, a la sorpresa que causa en todos nosotros saber que tanta gente ha vivido aquí mismo donde estamos ahora, tanta gente y durante tantísimo tiempo. Lo que este libro trata de comunicar es la posibilidad, a pesar de la lejanía que nos separa de ellos, de comprender lo que aquellos humanos vivieron y sintieron, y que en el fondo no fue muy diferente de lo que mueve todavía en lo más profundo a la especie humana: un hondo deseo de integración en el mundo físico y social que nos rodea.

No sería justo acabar sin expresar mi agradecimiento a Juan Pro y Cristina Castrillo por haberme dado la oportunidad de publicar en esta prestigiosa editorial, y a especialistas de la valía de Carmen Ortiz, Ignacio de la Torre y Alfredo González Ruibal por haber leído y comentado fructíferamente partes sustanciales de este libro.

Madrid, enero de 2007

1. Datos y teorías

1. El sentido de la prehistoria

La palabra «prehistoria» se refiere al período cronológico en que los humanos vivieron en la Tierra antes de la aparición de la escritura, momento en que empezó la época abarcada por la «historia». También denomina a la ciencia —que otros llaman «arqueología prehistórica»— que estudia hoy ese período y cuyos principales logros se intentan resumir en este libro. Mucha gente piensa que la prehistoria incluye todo el tiempo anterior, en especial «cuando los dinosaurios dominaban la Tierra», según el título de una famosa película, e incluso que la humanidad fue contemporánea de aquellos terribles animales. Pero esas largas eras, de una duración temporal casi imposible de entender comparada con la escala en que vivimos, son objeto de otras ciencias como la geología o la paleontología. También geólogos y paleontólogos, igual que hacemos los arqueólogos, observan minuciosamente objetos presentes de apariencia insignificante (arenas, rocas, cenizas, huesos fósiles) y deducen de cuándo son y por qué procesos físicos duraron hasta hoy mismo, qué aspecto tenían aquellos animales y plantas, y cuál era el clima predominante por entonces.

La escala humana se inscribe en un calendario de «solo» dos o tres millones de años de antigüedad, mientras que los dinosaurios vivieron hace más de sesenta millones, y la Tierra se formó hace unos 4.500 millones. Podría parecer que el interés por saber lo que ocurrió durante ese tiempo es algo natural en una especie inteligente como la nuestra, pero de hecho sólo

unas pocas civilizaciones humanas se han preocupado por el tema. Para la mayoría de las sociedades tradicionales, la perspectiva temporal se acaba en unas cuantas generaciones antes del presente, es decir que sólo les interesan aquellos años de los que todavía queda recuerdo, sea directo o por narraciones conservadas de algún testigo de los hechos. Ellos piensan que lo anterior ya no afecta a sus vidas, y que en todo caso no pudo ser muy diferente de lo actual, adoptando la misma postura del conocido aforismo bíblico: «nada hay nuevo bajo el sol; y no vale que alguien diga: mira, esto es de ahora, pues ya ha ocurrido en los tiempos que han pasado antes de nosotros» (Eclesiastés, 1, 10). Algunos arqueólogos que excavan restos prehistóricos en zonas donde todavía existen grupos tradicionales, algo más corriente en los países en desarrollo que en Europa, han tenido problemas por esa razón: mientras ellos en su mayoría buscan evidencias remotas, la gente del lugar e incluso muchos investigadores locales se interesan sólo por lo que pasó durante los últimos siglos. Este interés por los últimos antepasados directos también se contradice con los propios temas que atañen a la investigación prehistórica: muchas comunidades tradicionales, o personas con escasa formación académica en nuestra propia sociedad, quieren saber lo ocurrido en el lugar donde viven, y los grandes temas generales como el de los «orígenes» (de la humanidad, la agricultura, la metalurgia, etc.) apenas les conmueven.

Pero el caso es que nosotros estamos picados por una curiosidad insaciable de saberlo todo, y va a ser ya muy difícil que nos conformemos con menos. Para la prehistoria esa tarea es inmensa, porque consiste en rellenar el vacío de un pasado que parece casi infinito, idealmente saber lo que pasó en todo lugar y en todo momento. Este deseo tiene mucho que ver con el nuevo concepto del tiempo en la modernidad, una medida lineal que va sin pausa hacia atrás y está dividido en unidades iguales (años, siglos, milenios) pero de contenidos distintos, y proviene de haber abandonado viejas nociones como la de un tiempo cíclico en que las cosas vuelven una y otra vez a empezar, que muchas sociedades, como las de Asia central y oriental, todavía conservan en su acervo popular. ¿Y a qué nos referimos cuando decimos que queremos saberlo todo? Es evidente que nunca llegaremos a conocer los detalles de la vida diaria de los antepasados, y esto vale incluso para nuestros propios padres o abuelos. A lo que aspiramos es a descubrir algunos de los objetos que utilizaron y a desvelar los «procesos», las circunstancias generales de tipo medioambiental, económico y social en las que aquellos humanos vivieron. Pocas veces nos paramos los prehistoriadores a pensar en lo poco que es eso realmente.

Claro que es esa pobre información, tanto menor cuanto más antigua sea la época que estudiamos, la responsable principal de que nuestra aproximación al pasado sea tan «naturalista», tan «biológica» y tan poco «histórica». Es decir, tan alejada de las condiciones reales y cambiantes de aquella existencia. Realmente, si excluimos la mayor atención pública que despiertan

los hallazgos de huesos humanos, apenas existen diferencias entre el enfoque que sigue su análisis y el de los restos de cualquier otro animal. Pero que físicamente seamos un mamífero como otro cualquiera tiene sus ventajas para los prehistoriadores, pues podemos aplicar todos los conocimientos y técnicas que zoólogos y paleontólogos llevan ya siglos aplicando a los restos del pasado biológico. También está el consuelo de contar con una teoría «robusta» como es el evolucionismo darwinista, que explica la aparición de unos y otros caracteres y especies animales por la adaptación de los organismos individuales a los cambios climáticos, por el simple mecanismo de buscar cada uno de ellos la propagación máxima de sus genes en la descendencia.

Aunque muchos animales dejan huellas externas a sus propios cuerpos (huesos mordidos, madrigueras, excrementos), el ser humano se distingue precisamente por depositar muchos más testimonios de su paso terrenal, en un proceso creciente que hoy se ha acelerado de forma peligrosa, desde nuestros inmensos basureros hasta la arena del fondo de los mares, que tiene cada vez más partículas de plástico como mudas e inquietantes compañeras. Al principio dejábamos sólo unas cuantas piedras que, por haber sido golpeadas de forma intencional y metódica, pasando así de ser un objeto *natural* a un «artefacto» *cultural*, son hoy reconocibles como producto humano. Seguramente nuestros primeros ancestros utilizaron y modificaron también otros productos orgánicos de los que, por descomponerse con el paso del tiempo, sólo podemos imaginar la presencia por la lógica de su uso continuado hasta nuestros días, como por ejemplo la madera. Mucho más tarde, a esos primeros artefactos se añadieron otros que también se conservaron y hoy son desenterrados por los arqueólogos: cerámicas, metales, viviendas, tumbas. Aunque nuestro objetivo son las personas y sociedades concretas que fabricaron esos restos, el «indio que está detrás de la flecha» como decía el arqueólogo norteamericano Kent Flannery, los prehistoriadores vivimos tan enfrascados en el complicado análisis de esos objetos —de ahí el apelativo cariñoso de «cacharrólogos»— que solemos olvidar que un día fueron hechos por alguien no muy diferente de nosotros.

Muchos de esos objetos fueron abandonados en cualquier lugar del campo, o fueron arrastrados y dispersados por lluvias y ríos, y la extrañeza que causaban en quienes los hallaban por azar ya fue recogida en textos de época romana y medieval. Algunos eran de naturaleza conocida, como por ejemplo las cerámicas aunque su estilo fuera distinto del de entonces, pero otros hallazgos, como puntas de piedra talladas o hachas pulimentadas, no se parecían a nada conocido y tal vez por ello se les atribuyó un origen mágico (caídas del cielo con los rayos, usadas por los duendes de los bosques). Hasta que los europeos llegaron a América a comienzos de la Edad Moderna y vieron que allí los indios usaban útiles de piedra similares como armas o herramientas, no se comprendió su verdadera función. Fue entonces cuando surgió el primer modelo «teórico» de la prehistoria: *el pasado euro-*

peo y el presente extraeuropeo eran la misma cosa. Los indios americanos tenían una cultura material muy parecida a la de la gente que vivió en Europa «antes de los celtas», como se decía entonces, y seguramente otros aspectos de su vida (la cultura «espiritual» o simbólica) debieron de ser también semejantes. De esa idea salieron dos modelos de análisis todavía hoy vigentes: el evolucionismo cultural (todos los grupos humanos pasan, antes o después, por etapas de desarrollo similares) y la etnoarqueología (la única forma de interpretar el pasado es con ideas y comparaciones del presente etnográfico). Los historiadores de la arqueología han señalado la importancia puntual que en todo esto tuvo la obra que el jesuita francés Joseph-François Lafitau publicó en 1724, después de haber vivido con los indios canadienses, *Costumbres de los salvajes americanos comparadas con las costumbres de los primeros tiempos*.

La mayoría de los artefactos, con todo, suelen aparecer de forma distinta a los hallazgos aislados que hemos referido: lo normal es que se encuentren juntos, en cantidades cada vez mayores según son cronológicamente más cercanos a nosotros, formando lo que llamamos yacimientos arqueológicos. Esta regularidad espacial de los artefactos, muchas veces acompañados por residuos orgánicos potencialmente preservables como los huesos o conchas de los animales que allí se comieron, o por restos de las estructuras que cobijaron y protegieron a la gente de entonces, indica una peculiaridad de los humanos que no se encuentra en otras especies. Esos artefactos fueron fabricados, utilizados y desechados en común, por un grupo de gente y raramente por un solo individuo, es decir, se realizaron «en sociedad», por y para varios ejemplares del animal social que somos por encima de todo. Como veremos a lo largo de este libro, fue precisamente ese comportamiento el responsable de los cambios más importantes de la evolución humana, los que nos han hecho ser como somos actualmente.

Unos yacimientos son más visibles que otros, y la primera tarea de la arqueología es hallarlos mediante exploraciones y prospecciones de superficie. Al principio se procedía de forma casual, preguntando a personas con conocimiento de la zona y descubriendo por ello sólo los sitios más importantes, pero hoy en muchas zonas se siguen procedimientos sistemáticos como la prospección intensiva, que consiste en recorrer y examinar todo el terreno con equipos de arqueólogos para estar seguro de que sólo se escapen algunos hallazgos sueltos. Las administraciones públicas han emprendido en los últimos años la labor de descubrir e inventariar todos los yacimientos de las regiones bajo su control, para así poder preservarlos de la destrucción, explotarlos para el turismo cultural en los casos más importantes y proporcionar a los arqueólogos los datos que necesitan para sus reconstrucciones históricas. El problema principal para este último objetivo es la conservación diferencial de los sitios, pues se cree que la mayoría han desaparecido con el paso del tiempo, o han sufrido procesos que los hacen invisibles a la observación actual. El ejemplo de los yacimientos de Ata-

puerca en nuestro país es muy significativo al respecto. Si no se hubiera perforado una trinchera concreta del ferrocarril minero de Burgos a comienzos del siglo XX —incluso si no se hubiera desviado de forma un tanto extraña su trazado más corto y barato para cortar una pequeña montaña caliza— nunca se hubieran descubierto los importantes restos del probable primer habitante humano de Europa. Las antiguas cuevas donde vivió el *Homo antecessor* habían sido completamente tapadas por nuevas formaciones rocosas y eran invisibles desde la superficie. Aunque no ocurrió lo mismo con la también fundamental cueva de la «Sima de los huesos», que no estaba totalmente cegada como las anteriores y era accesible gracias a una nueva entrada que pudo ser explorada por los espeleólogos, Atapuerca nos hace pensar en la enorme cantidad de información sobre nuestros antepasados que permanece aún escondida, «atrapada» en lugares especiales que por otra parte la libraron de la muchas veces irremediable desaparición de esas lejanas huellas.

Pasando a una perspectiva historiográfica, vemos que las transformaciones que el concepto de «prehistoria» ha experimentado durante los dos últimos siglos son esenciales para entender la situación presente. Se partió de una concepción religiosa que no aceptaba otra explicación que la bíblica, es decir que todo había sido creado por Dios en un tiempo muy corto, y que eso había sucedido en una época relativamente reciente. Cuando los naturalistas de la época encontraban huesos fósiles de animales hoy desaparecidos, se pensaba que uno o varios diluvios de origen divino (como el que se describe en la Biblia) habían destruido una parte de los seres creados y por ello hoy no estaban todos ellos representados. Los humanos habían sido engendrados tras el último diluvio y por eso cuando en el siglo XVIII se registraron artefactos de piedra tallada junto a huesos de grandes animales hoy extinguidos, se produjo una gran controversia en Europa sobre la posible existencia de un «hombre antediluviano». Aunque ahora a muchos el tema nos parezca casi trivial, los conflictos morales que la disyuntiva entre ciencia y religión provocó en muchas de las mejores mentes del siglo XIX fueron terribles, y no dejaron de afectar a quien más contribuyó a desmontar la explicación religiosa, el fundador del evolucionismo, Charles Darwin. Éste no sólo dudó durante años sobre la conveniencia de publicar sus descubrimientos, esos «hechos» que contradecían el dogma y sugerían un continuo, lento y aleatorio cambio de los animales a lo largo del tiempo hasta llegar al ser humano, sino que sufrió todo tipo de reproches y fue ridiculizado de mil maneras tras la aparición de *El origen de las especies* en 1859. El asunto no era para menos, porque lo que Darwin venía a decir era que el mismo Dios se había equivocado al comunicarse con nosotros. Por otro lado, que ello podía afectar a los mismos fundamentos del orden social, amenazando incluso la división clasista de la Inglaterra del capitalismo inicial, debió de ser evidente para muchos, entre otros la misma esposa de Darwin cuando dijo que aunque fuera verdad que todos descendemos del mono era mucho mejor que la gente no se enterase.

Lo que en aquel momento casi nadie entendió fue que el darwinismo no sólo cuestionaba la imagen deísta y estable del mundo, sino que también desestabilizaba la decisiva idea de *progreso*, propia de la modernidad europea desde el Renacimiento y la Ilustración, al proponer un mecanismo totalmente aleatorio y ciego (la «selección natural»), carente de programa y basado en el doble azar de herencia y medio ambiente, para explicar la hermosa variación de la naturaleza, en la que entonces nadie negaba al menos un impulso de perfeccionamiento constante. Desde la perspectiva actual resulta sorprendente, con todo, que tras unos pocos decenios de agrias polémicas y fulminantes anatemas, los representantes intelectuales de las clases dominantes europeas adoptaran el darwinismo como ideología sustentante de la desigualdad social (inevitable reflejo de la natural «ley del más fuerte», vigente en plantas y animales) y, por su lado, la ciencia prehistórica empezase a funcionar conducida por una parte de esos intelectuales bajo el paraguas del nuevo paradigma, ampliándose las excavaciones de los yacimientos paleolíticos en Francia, Inglaterra y poco después en España, donde los primeros trabajos en las terrazas del río Manzanares en Madrid ya se habían iniciado por Casiano del Prado en la década de 1850. Si bien los primeros darwinistas españoles del siglo XIX, como los europeos, fueron librepensadores de tipo laico e incluso republicano, quienes construyeron la prehistoria de nuestro país desde los comienzos del siglo siguiente tenían una orientación mayoritaria de corte conservador, abundando entre ellos aristócratas, religiosos y carlistas.

Durante el siglo XX la prehistoria, como su hermana la arqueología histórica, continuó la exploración del pasado humano de nuestro planeta, combinando la evidencia empírica en constante aumento con una preocupación teórica y explicativa también cada vez mayor. Poco después de empezar el siglo se estableció la secuencia cronológica del Paleolítico europeo que con algunos cambios todavía se emplea hoy, y antes de la Segunda Guerra Mundial ya se habían excavado los yacimientos más importantes, que cubrían desde el Neolítico al final de la Edad de Hierro en nuestro continente. En América Latina la mayoría de los trabajos fueron emprendidos por equipos norteamericanos, mientras en los países que entonces eran colonias en África y Asia la arqueología, siempre dirigida por investigadores europeos, buscaba sobre todo restos más bien antiguos, aquellos cuya escasa relevancia para el presente no comprometiera la posición dominante de la metrópoli al otorgar un pasado a los pueblos «sin historia» colonizados. Por otro lado, en los años veinte se descubrieron en Suráfrica los primeros restos del homínido hasta hace poco considerado más antiguo, el *Australopithecus*, comenzando una línea de trabajo que todavía hoy atrae una gran atención mediática por afectar a los orígenes del género humano. Pero también ocurre que en las últimas décadas ha disminuido algo el interés empírico en la búsqueda incesante de datos, preocupándose ahora los prehistoriadores algo más por cuáles son las formas más correctas de interpretarlos.

Al final de este capítulo veremos cuáles son los presupuestos teóricos, a veces llamados paradigmas, que orientan nuestra disciplina y que en los últimos años se han diversificado considerablemente haciendo mucho más compleja, pero también más apasionante, la tarea explicativa de los restos del pasado y su influencia en el mundo de hoy. Porque entre los arqueólogos, al igual que en el resto de las ciencias sociales y humanas, no ocurre como en las ciencias físico-naturales, donde existe un único paradigma aceptado (mecánica cuántica, neodarwinismo, etc.), haciendo que las diferencias entre investigadores sean muchas veces sólo de procedimiento o de especialización en diferentes temas. Las discusiones hoy más ardientes en arqueología, que antes siempre habían sido por temas como la fecha de un tipo cerámico o el significado de unas acumulaciones de huesos, comienzan a tratar también de las virtudes de los diferentes paradigmas, que como veremos después se reducen en esencia a dos. El problema es que, como dejó bastante claro Thomas Kuhn, los verdaderos paradigmas son inconmensurables entre sí, debiendo medirse únicamente por su coherencia interna en relación a los propios datos, y tal vez por eso muchas de las discusiones teóricas actuales en ciencias humanas recuerdan tanto a un diálogo de sordos.

2. La evidencia material: datos antiguos y técnicas actuales

Algunos creen que los arqueólogos simplemente van al campo y cogen las cosas antiguas que se encuentran por el suelo o bien, cuando sospechan que allí hay algo, hacen un agujero y desentierran todo lo que pueden. De hecho, los primeros que se dedicaron a esto lo hacían así, y todavía hoy esa descripción cuadra bien con la actividad de los llamados «furtivos», que saquean los yacimientos buscando objetos de valor para sus colecciones o el mercado de antigüedades. Pero si hay una idea que debería quedar clara sobre la arqueología actual es la intensa relación que sus profesionales mantienen con otros científicos que les ayudan a desentrañar el pasado, y el grado de sofisticación técnica que ha alcanzado la profesión, lo cual por desgracia también quiere decir lo cara que hoy resulta. La causa está bien clara: los restos que quedan del pasado suelen ser tan exiguos que es necesario utilizar todos los métodos posibles para extraer la información que contienen.

Para descubrir los yacimientos, aparte del método pedestre que antes comentamos, pueden emplearse sistemas de prospección aérea, con vuelos especiales a poca altura o examinando las fotografías de la zona disponibles en los servicios catastrales, o incluso la prospección remota (teledetección) a través de las imágenes de multifrecuencia realizadas por los satélites artificiales (Landsat, Spot, etc.). Antes de comenzar la excavación a veces se realiza algún tipo de prospección geofísica de la superficie, midiendo de-

terminadas variables (conductividad eléctrica, magnetismo, contenido químico, etc.) a lo largo del yacimiento para determinar la presencia subterránea de determinados restos que aconsejen empezar a excavar en una u otra zona del mismo. Las técnicas de excavación son también cada vez más complejas y dependen de la época y dimensiones del yacimiento. En general se trata de obtener una imagen de lo que hicieron allí los humanos responsables de su formación, lo más completa posible en función de los medios económicos disponibles para ello. A veces puede bastar una pequeña excavación (cata) de uno o dos metros cuadrados, por ejemplo bajo un estrecho abrigo rocoso que fue ocupado durante poco tiempo y por eso apenas quedaron restos, y en los casos más espectaculares puede tratarse de una ciudad cuya investigación requerirá decenios con levantamiento de hectáreas completas del terreno.

Salvo en casos especiales, como por ejemplo en la arqueología subacuática, los restos culturales aparecen envueltos en una matriz de tierra que los ha protegido hasta hoy. Ese mismo sedimento, mediante muestras tomadas en los diferentes niveles o contextos, puede ser analizado por químicos para determinar qué parte de su composición es de origen orgánico, y por geólogos que de su granulometría y micromorfología deducirán los procesos sedimentarios que los formaron, y más en concreto a qué condiciones climáticas correspondieron. Muestras mayores de esa misma tierra, después de que toda ella sea cribada por una fina malla metálica para recuperar los restos de pequeño tamaño, serán mezcladas con agua para que floten en ella los restos aún menores que con suerte podrían incluir semillas y otros productos vegetales que si proceden de la época original del yacimiento (muchas veces son más modernos y han entrado allí por diversas causas) ofrecerán una valiosa información sobre las actividades recolectoras o agrícolas de nuestros antepasados. Botánicos especializados en plantas actuales y pasadas deberán examinar esos residuos vegetales para tratar de determinar su especie o género y su condición (silvestre o cultivada). También es posible observarlos de forma indirecta cuando dejaron impresiones en cerámicas antes de que éstas fueran cocidas; introduciendo material plástico en los pequeños agujeros se puede recuperar la forma de la semilla o tallo original, que desapareció durante la cocción de la vasija. Otros datos vegetales se pueden obtener por el análisis de pólenes y fitolitos. Ambos son partes microscópicas de las plantas que se conservan bajo ciertas condiciones en la tierra. Tras extraer la muestra y tratarla químicamente, un análisis al microscopio permite identificar con mayor o menor seguridad las plantas que estuvieron en contacto con el suelo, bien porque el viento llevó allí sus pólenes o bien porque fueron consumidas por sus habitantes. También el análisis químico del sedimento proporciona datos sobre la actividad humana, en función de los porcentajes de materia orgánica, fosfatos, etcétera.

Los restos óseos de fauna o de los propios humanos se suelen conservar también en ciertas condiciones —en los suelos básicos mejor que en los

ácidos— ofreciendo una información muy valiosa sobre los animales consumidos en aquel lugar y sobre el mismo grupo que allí habitó. En los yacimientos más antiguos, como los del *Homo habilis* en África oriental, existen dudas sobre si los huesos corresponden a animales cazados por los primeros humanos o si por el contrario habían muerto ya por otras causas y entonces se trataba de aprovechamiento de la carroña. Para resolver esta cuestión, aún no dilucidada del todo y que se plantea también en épocas más recientes de la prehistoria, se han desarrollado potentes modelos de comparación e identificación de los procesos que sufrieron esos huesos desde la muerte del animal hasta hoy, englobados en una subdisciplina emergente llamada tafonomía. Para la mayoría de los restos más modernos ya no existen tantas dudas y el problema sólo consiste entonces, como ya lo era también antes, en averiguar a qué partes del cuerpo del animal, a qué especies y a cuántos animales en concreto corresponden los huesos excavados. Para los animales cazados se puede inferir el ecosistema y por tanto el clima en que vivieron, y tanto si fueron cazados como domesticados se hacen cálculos sobre las proteínas y grasa potencialmente extraídas de aquellos vertebrados, y cuánta gente pudo vivir gracias a su consumo. Para el decisivo momento del comienzo de la domesticación en el Neolítico, a partir de hace unos 10.000 años, se trata de poder distinguir los huesos de un animal salvaje de su correspondiente variante doméstica, en general de menor tamaño y con pequeñas diferencias osteológicas (por ejemplo, una vaca de un uro, un cerdo de un jabalí). La paleontología y la arqueozoología tienen en común con la arqueología el partir de una evidencia muy fragmentada para averiguar la realidad completa del pasado, mediante pasos inferenciales difíciles y que exigen sofisticados métodos observacionales y estadísticos.

A esos restos de fauna se les aplican a veces analíticas físico-químicas, buscando ciertos elementos presentes en muy pequeñas cantidades (oligoelementos, elementos-traza) pero muy útiles para deducir su alimentación y la época del año en que murieron. También a los restos humanos se les hace lo mismo, entonces con un interés mayor en determinar su tipo de alimentación (vegetariana, carnívora, piscívora, etc.) y, junto con observaciones físicas de los mismos huesos y dientes, averiguar las enfermedades importantes que sufrieron e incluso la propia causa de la muerte. Análisis químicos parecidos también se aplican a artefactos materiales, por ejemplo cerámicas o metales, para determinar de dónde provienen o fueron fabricados, una información esencial en el estudio de los primeros sistemas de intercambio o comercio. En los últimos años han empezado a hacerse análisis genéticos de restos óseos humanos, cuando por diversas circunstancias ese delicado material se ha conservado. Gracias a las actuales técnicas de amplificación genética, se ha podido averiguar, por ejemplo, que el ADN de los neandertales era distinto del nuestro, lo que refuerza la hipótesis de una evolución separada de ambas especies. Otras técnicas más simples, basadas en la for-

ma y dimensiones de los huesos, permiten conocer el sexo, la edad aproximada de muerte, la estatura que los individuos tuvieron en vida, etcétera.

Como decíamos antes, uno de los primeros intereses de un arqueólogo de la prehistoria es conocer la fecha de los restos que tiene entre manos. Después de tantos años de investigación, para muchas zonas de la Tierra se tiene ya una idea del período al que pertenecen la mayoría de los artefactos antiguos que aparecen en ellas. A pesar de ello, a menudo surgen restos enigmáticos que plantean problemas de cronología. Los arqueólogos suelen trabajar, casi de forma intuitiva y antes de cualquier análisis más complicado, con simples esquemas de cronología *relativa*: una cosa es anterior o posterior a otra, aunque no se sepa con exactitud en cuanto tiempo y a qué fecha exacta corresponda cada una. Cuando se investiga una región nueva, cosa que acontece cada vez con menor frecuencia, se echa mano de esa intuición junto con conocimientos previos de zonas parecidas o próximas, además de aplicar un sistema conocido como «seriación».

Personalmente, tuve hace poco la oportunidad de iniciar la investigación arqueológica de una región al oeste de Etiopía (Benishangul), cuyo pasado nunca se había investigado aparte de algunas fuentes escritas exteriores, la propia historia oral y noticias de viajeros modernos que en conjunto apenas cubrían unos pocos siglos antes del presente. Las pequeñas excavaciones (catas de sondeo) realizadas por nuestro equipo bajo algunos abrigos rocosos permitieron enseguida construir un esquema de evolución de la tecnología de los útiles líticos de cuarzo y de las cerámicas, que antes incluso de contar con las primeras fechas de carbono 14 nos dio ya una idea aproximada de cómo habían variado esos elementos de cultura material desde finales del Pleistoceno, hace unos 12.000 años, hasta nuestros días. En el abrigo más antiguo se registraron dos técnicas líticas, que aquí podemos llamar A y B, una más antigua porque estaba debajo, en los niveles inferiores (A, basada en piedras más grandes y anchas, lascas), y la otra más reciente en los superiores (B, basada en piedras más finas y pequeñas, láminas). Ninguna de ellas apareció acompañada de cerámica. En otro abrigo próximo encontramos sólo la técnica B, pero ahora asociada, desde la mitad de la secuencia (es decir, desde los niveles medios de la excavación), con cerámicas de tipo sudanés y decoración de impresión pivotante, que llamaremos C, y que se fechan en el cercano Sudán central en la primera mitad del Holoceno (*circa* 8000-5000 antes del presente). En otros dos abrigos no muy alejados encontramos la misma cerámica C, pero ahora junto a otro tipo de vasijas con decoración a base de impresión simple de ungulaciones e incisión tosca de acanaladuras (tipo D). En un abrigo situado unos 50 km al sur y en otro que estaba unos 30 km al este, encontramos ya sólo la cerámica tipo D, cada vez con menos y más tosca decoración de los tipos antedichos. La industria lítica se va haciendo cada vez más ruda a lo largo de la secuencia de los últimos abrigos. Por último, en la superficie de varios de estos abrigos registramos fragmentos de otro tipo cerámico (E), igual al que